
DIARIO DE LA CORUÑA

DEL DOMINGO 11 DE DICIEMBRE DE 1808.

San Dámaso Papa y Confesor.

Quartel general de Martorell 17 de noviembre.

La desgraciada suerte de los habitantes de Barcelona, se puede inferir por los tres bandos siguientes.

Manda S. E. el general de division Lechi, comandante superior de las armas en esta ciudad: Que todos sus habitantes cierren las puertas de las casas: que las personas que precisamente deban salir de ellas, vayan solas; y se previene, que hallándose tres personas que vayan juntas, se disparará por la tropa contra ellas. Barcelona 8 de noviembre de 1808. = Firmado. = Lechi, comandante superior.

El general de division Lechi, comandante superior de las armas de esta ciudad y sus fuertes, manda: Que en todos los casos que pueda haber alarma por alguna gestion de los enemigos, se dispararán tres cañonazos en las Atarazanas; y que todas las personas que no se encierren inmediatamente en sus casas despues de los tres tiros, serán perseguidas por las tropas, exceptuándose únicamente los funcionarios ó empleados, que deban salir por razon de sus empleos. Barcelona 8 de noviembre de 1808. = Firmado. = Lechi, comandante superior.

El General en jefe manda: Que todos los árboles que se hallen hasta 300 toesas de distancia de los caminos cubiertos de esta plaza y sus fuertes, sean cortados. Solo los árboles frutales se permitirá queden en pie, con tal que se desmochen, quitándoles las ramas: si los propietarios de estos árboles no se dan prisa á cumplirla con estas disposiciones, se mandará á los soldados, y se per-

mitirá á los pobres de la ciudad, que vayan ellos mismos á cortarlos, y la leña quedará propia de ellos. Barcelona 9 de noviembre de 1808. — El General en jefe — Duhesme.

Coruña 11 de diciembre.

Ante ayer noche llegó el correo de Inglaterra el Ladi Pelew, su capitan Harris, y por él recibimos las gazetas hasta el 29; y reservando para los diarios siguientes las demas noticias, nos anticipamos á dar las que en el número 14 se insertan de nuestras colonias de la América meridional.

Buenos-Ayres 20 de Agosto.

Dias ha llegó aqui un Brik frances procedente de Bayona de donde saliera el primero de junio. Las noticias que trajo (aunque no se sepan con individualidad) causaron mucha alteracion entre nuestros politicos. Aqui la opinion acerca de los extrangeros es enteramente indiferente y neutral; de modo que si es un delito hablar ingles lo es igualmente hablar frances; y si no lo es aquello tampoco lo último; y asi parece, que no se necesita mas que observar buena conducta para establecer un comercio libre entre este pais y la Inglaterra. El Público se explica declaradamente contra Napoleon Bonaparte.

Mañana será aqui, y para estos habitantes un gran dia. Algunos dias antes del arribo del Brik frances ha sido aqui proclamado el desgraciado FERNANDO VII; y mañana harán todos el juramento de fidelidad.

El enviado de Bonaparte y la tripulacion del Brik están presos. Todo á la sazón está aqui en la mayor tranquilidad; pero se cree posible, aunque no parece probable, que pueda haber una revolucion, sin intervencion de la gran Bretaña.

SEÑOR EDITOR.

Tenga V. la bondad de oír un sueño que he tenido la noche pasada, y sepúltelo V. en el silencio, ó publíquelo, si lo considera útil al bien de la Patria.

El deseo de saber la suerte de los exércitos, y especialmente del de la izquierda, me habia obligado á andar todo el dia, procurando noticias de unos y de otros; pero fuí tan desgraciado, que por do quiera que me arrimase, no oía sino lástimas: en to-

das partes se mormuraba y criticaba tontamente, y en todas se quejaban y lamentaban de la pérdida del exercito, y con ella, de la de mi amada Patria. Confieso á V., que apesar de que yo conozco el ningun valor de estos sentimientos, que casi siempre, ó son objeto del miedo, ó de la intriga, esto mismo me llenó de terror; porque en lo primero no veía sino almas viles prontas á recibir las cadenas del tirano, y en lo segundo egoistas, aun mas viles, que sacrificarían el Rei y la Patria á su interes ó á su capricho. Ocupado pues de estas ideas melancólicas me retiré á mi casa, y recosté en el sofá discutiendo un medio de animar á los cobardes y precaver los traidores, quando por mi dicha, me ataca imperiosamente el sueño, y se apodera de todos mis sentidos; abandonánme las potencias, y solo mi imaginacion es la que véla para mi consuelo. En un instante me siento transportado de un vuelo rápido al teatro de la guerra: oigo el bronco son de las caxas y de las trompetas, el espantoso trueno del cañon, el silvo matador de las balas, y la gritería confusa de los combatientes. De una parte veo un ejército de esclavos sellados sus rostros con la marca del oprobrio, que venciendo el miedo con el miedo, arrostran la muerte incierta de los combates para libertar sus cuellos del golpe seguro del sable que les amenaza: de otra un ejército de hombres libres poseidos de honor y patriotismo, que con alegre semblante desprecian la muerte, la desafian y marchan á encontrarla con la resolución del héroe. Ya se mueve el uno contra el otro: ya divisiones y columnas numerosas de aquellos arrastradas violentamente por los satélites de Napoleon, mas crueles que él acometen á estos, que firmes en sus puestos, como rocas en medio del mar, se burlan de sus ataques impetuosos y los rechazan, escarmentando su audacia con millares de muertes. Nuevas columnas se suceden á las primeras, y renuevan los combates. El español impávido, y mas valiente, quanto es mayor el peligro, las recibe con un fuego continuo y bien dirigido, que sembrando entre ellas la muerte, y el espanto, no solo las detiene en su carrera, sino que las desconcierta y desordena. Los xefes franceses tiemblan al ver la constancia y heroicidad de unos soldados, á quienes no intimida ni la superioridad excesiva de sus enemigos, ni la horrorosa muerte; pero el temor al tirano les precisa á hacer los últimos esfuerzos: corren diligentes todas las líneas, reúnen sus cohortes, las amenazan, y reforzándolas con nuevas tropas las vuelven á la batalla. Varias veces hicieron esta operacion, y otras tantas se estrelló su fiereza en los corazones de bronce de los españoles. El teson era igual por ambas partes; pero

sintiéndose estos debilitar por el hambre, la sed y la fatiga, resu-
elven morir ó vencer. Ya se preparan para lanzarse sobre las fa-
langas enemigas y estrecharlas á la bayoneta, quando la pruden-
cia del General que no les perdía un instante de vista, detiene su
furor, y les manda retirarse de la lid. Su obediencia igual á su
valor, les hace abandonar el campo á su pesar, y los enemigos no
encuentran á quien vencer, ni con quien lidiar. Esta súbita é in-
esperada retirada sorprende á sus generales, que se unen en Con-
sejo de guerra para deliberar lo conveniente. Un triste y profundo
silencio reinaba entre ellos, quando el mas antiguo y condecorado
toma la voz, y les habla de esta suerte: "Que es esto amados
compañeros de armas! que deidad enemiga de la Francia nos ar-
rebató de las manos la victoria! Despues de tantos combates, des-
pues de haber sacrificado á la gloria de las armas del Emperador
los mas valientes de nuestros soldados, despues de haber inunda-
do estos campos la sangre francesa: en el momento en que la po-
derosa é irresistible fuerza de nuestro ejército iba á exterminar los
rebeldes, desaparecen de delante de nosotros, y no nos queda mas
triunfo, que el de ser dueños de esas montañas estériles, y de
algnnas armas inútiles; Ah! que cruel guerra. En otros países una
sola batalla decidia de la suerte de los Imperios; pero en Espa-
ña cada palmo de terreno nos cuesta muchos y muy sangrientos
combates. Nuestros ejércitos no pueden prometerse jamas, no di-
go ya felicidad, pero ni descanso, ni seguridad. Vencedores ó ven-
cidos seremos siempre víctimas de nuestros esfuerzos, y presa de
los rebeldes. Si vencemos, los pueblos subyugados nos armarán la-
zos en que perezcamos, y la industria y el artificio, supliendo la
fuerza, engañará nuestra vigilancia, y sacrificará el soldado á su
justa venganza. Ademas, aquellos ejércitos que hayan cedido á
nuestro valor esforzarán el suyo inextinguible para recuperar lo
perdido.

Se concluirá.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

En la Imprenta de D. Francisco Cándido Perez Prieto.